



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Contrapuntos en torno al Estado y la sociedad en América Latina. Aproximación a la indagación teórica de José Aricó y Álvaro García Linera

Jorge Orovitz Sanmartino

Sociólogo. Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Recibido con pedido de publicación: 12 de abril de 2013

Aceptado para publicación: 20 de mayo de 2013

Resumen

Contrapuntos en torno al Estado y la sociedad en América Latina. Aproximación a la indagación teórica de José Aricó y Álvaro García Linera

En el presente artículo intentamos poner en discusión la siempre problemática relación entre estado y sociedad civil en América latina, utilizando para ello el contrapunto teórico entre dos destacados autores latinoamericanos: José Aricó y Alvaro García Linera. El primer autor, en su influyente trabajo *Marx y América Latina*, intenta comprender el papel activo del estado en la formación nacional latinoamericana a partir del hundimiento de la colonia, en tanto que el segundo, en su texto "América", ofrece una perspectiva opuesta. Linera trata de demostrar la impotencia de ese intento fallido por carecer de la fuerza social y la participación popular, una tarea que quedará pendiente hasta mediados del siglo XX. En definitiva, lo que se problematiza en este artículo es si hubo o no una vía alternativa a la jacobina en el proceso histórico de la formación nacional latinoamericana, si el estado puede o no ser un agente de producción social, y cuáles son los límites que ese proceso conlleva cuando se inicia desde las alturas del poder y sin participación popular autónoma.

Palabras claves: Estado; sociedad civil; formación nacional; modernización

Summary

Approaching the theoretical inquiry of José Aricó and Álvaro García Linera

This article brings up for discussion the long and troubled relationship between state and civil society in Latin America, using a theoretical counterpoint between two prominent American authors: Joseph Aricó and Alvaro García Linera. The first author, in his influential work *Marx and Latin America*, examines the active role of the state in the Latin American national formation since the collapse of the colonial rule, all the while the latter, in his text "America", offers an opposite perspective. Linera attempts to demonstrate how this attempt failed as a result of a lack of social empowerment and popular participation, a task that will remain pending until the mid-twentieth century. Ultimately, what is in this article is whether or not there was an alternative to the Jacobinic path in the historical process of shaping the Latin American national identity, whether or not the state can be an agent of social change, and which are its limits when this process initiates at the top of the power structure without popular and autonomous participation.

Key words: State; civil society; nation building; modernization

Introducción

El objetivo de este trabajo es apuntar algunos nudos teórico-políticos referidos a la siempre problemática relación entre Estado y sociedad en América Latina, que se han reactualizado en los últimos diez años y que nos vuelven a lanzar desafíos en el campo no sólo del análisis histórico y sociológico sino también y sobre todo en la arena política.

Se trata de colocar en la lid a dos influyentes teóricos marxistas que han encarado estudios importantes sobre la sociedad latinoamericana y cuyo denominador común ha sido el de bucear en la teoría, lo que la práctica política parecía un nudo sin resolver. Nos referimos, desde luego, al argentino José Aricó y el boliviano Álvaro García Linera. El núcleo de la discusión se encuentra en la relación dialéctica entre el Estado y la sociedad. El motivo: la relación conflictiva entre Marx y América Latina. Lo que ambos ponen en juego no es tanto, como se ha de suponer por anticipado, la evaluación rigurosa de los textos de Marx, cuanto los arsenales teórico metodológicos y las estrategias políticas con que ambos se prestan al combate. La ponencia concluye con la paradójica evolución de sus pretensiones teóricas a la luz de las experiencias de las últimas décadas.

Se trata no de un debate sino de la confrontación de perspectivas que abre la réplica que Linera emprende contra el ya clásico libro de José Aricó: *Marx y América Latina* (Aricó, 2010).

El esfuerzo que Aricó realizó al publicar el libro en 1980, tomaba como punto de partida la siempre problemática relación entre socialismo y movimiento popular en América latina, que el autor creía encontrar, por lo menos en parte, en el origen, es decir, del equívoco de los textos del propio Marx y de la miopía de las corrientes marxistas oficiales en el continente para revisar y reformular ese legado, en el que podía encontrarse fuentes fructíferas que todavía no se habían explotado.

La ocasión ha sido la relectura del artículo “América”, publicado en 1991, once años después del texto de Aricó, en *De Demonios escondidos y momentos de revolución* (La Paz, Ofensiva Roja) y reeditado en una ponderada antología que realizó Pablo Stefanoni y fuera publicada en una coedición de CLACSO y Prometeo en 2008 bajo el nombre de *La potencia plebeya*. La antología permite rastrear la evolución teórica del sociólogo, militante y hoy vicepresidente de Bolivia. “América” fue escrita en el contexto de una profunda reformulación de los cánones del marxismo boliviano, en particular de las elaboraciones del PCB y el POR, con el objetivo de fusionar marxismo e indigenismo. El mérito indiscutido de Linera fue haber reformulado y anticipado teóricamente la evolución efectiva de la lucha de clases y del movimiento popular en Bolivia, donde el campesinado y la resignificación de lo étnico pasaron a jugar un papel preponderante en la rebelión popular que culminó con el ascenso al poder por primera vez en la historia boliviana de un movimiento y un presidente indígena, configurando una genuina revolución democrática y cultural en un país cuya marca de origen ha sido el clivaje étnico-clasista. Pero la reformulación de Linera comprendió no sólo el papel de los “sujetos políticos”, donde anticipó la crisis y decadencia del proletariado minero, eje vertebral de la revolución de 1952, sino también de las vías y los instrumentos de lucha para hacerlas efectivas. Estaba en discusión la génesis y el carácter del Estado nacional no solamente en Bolivia sino en América latina. Es en ese contexto que Linera estudia los *cuadernos* Kovalsky de Marx, donde este reconsidera la perspectiva de la comuna rural rusa no ya como un simple residuo feudal destinado a desaparecer sino como un germen que, bajo ciertas circunstancias, podría regenerarse como unidad económica de la sociedad moderna. Pero Linera agregaba que la comuna podía, incluso, transformarse en el sujeto de la revolución¹. Estaba pensando, naturalmente, en la comunidad indígena andina. El papel de la

¹ Linera lee el texto de Marx, como prueba de una nueva teorización acerca de los sujetos. Forzando la letra del borrador de la carta a Vera Zasulich sostiene: “Marx se preocupó por entender la naturaleza real de las sociedades con relaciones comunitarias extendidas, porque esa particularidad comunitaria aún sobrevive en

comuna en oposición radical y externo a un Estado colonial, racista, “aparente”, venía por añadidura. La confrontación con Aricó no hacía más que extender, al plano latinoamericano, la reformulación en curso. Es el período, no hay que olvidarlo, de la aventura de la guerrilla katarista, y del inicio, poco después, en 1992, del período carcelario, acusado de sublevación y alzamiento armado.

El reproche que formula Linera al libro de Aricó adquiere la forma de una defensa cerrada a los escritos de Marx sobre América latina, incluso al exabrupto de Marx al escribir sobre Bolívar, a quien pinta como la quintaesencia del bonapartismo dictatorial. Como veremos a continuación, lo que defiende Linera en Marx contra Aricó, es su costado societalista, formulado quizá con mayor radicalidad en la *Crítica a la Filosofía del Estado de Hegel* de 1843 o incluso en su más conocida *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859. Con el texto de Aricó, Linera cree estar en presencia de una reformulación politicista y estatista de Marx, que lo lleva a retroceder de este a Hegel, para quien la sociedad civil era sólo un momento del Estado como totalidad orgánica e institucional del *ethos* de una comunidad.

Societalismo y estatismo serán los ejes por donde pasen los respectivos análisis sobre la formación del Estado en América latina y la morfología de sus instituciones y lazos con la sociedad en su conjunto.

Crítica del marxismo economicista

Marx y América latina, un libro que se ha vuelto un clásico de la literatura marxista latinoamericana, aspiraba a la comprensión de la sociedad y la política latinoamericana sobre bases heterodoxas. Se trataba, para el mismo autor, de un capítulo más en la lucha contra la ortodoxia y en favor de la reformulación estratégica y política de la izquierda latinoamericana. Según Aricó y todo el grupo de intelectuales que se reunieron alrededor de la empresa editorial de *Pasado y Presente*, el divorcio entre pueblo e izquierda se basaba en la formulación de dogmas osificados que el marxismo de la segunda internacional, pero también de los partidos comunistas, había transformado en la ciencia oficial del socialismo. Esa ciencia consistía en la mitologización de las determinantes superestructurales por las relaciones económico-sociales, un craso economicismo, racionalismo positivista exacerbado y una concomitante incapacidad para comprender los procesos reales del pueblo, que durante décadas fue más sensible a los movimientos nacionalistas y populistas que a la esquiva ciencia del marxismo-leninismo. Si se quería reconciliar al pueblo con el socialismo, había que buscar puntos de intersección entre socialismo y nacionalismo, entre racionalismo e irracionalismo, entre ciencia y mito. Mariátegui había sido, quizá, la única excepción de envergadura. Por lo tanto, había que comenzar de cero, buscar las raíces profundas de aquel divorcio. La crítica de los marxismos le parecía insuficiente o incluso una derivada. Aricó apuntó, entonces, al mismísimo Karl Marx, que no pudo comprender más que las determinantes externas en detrimento de las relaciones sociales internas de la sociedad latinoamericana. El libelo contra Bolívar lo demostraba. Pero sobre todo, había que preguntarse por lo no escrito, las ausencias, los silencios de Marx y en el fondo las causas de aquel “bloqueo epistemológico”. Ellas no eran las que aparecían para muchos a primera vista. Marx no era eurocentrista, pensó y estudió sociedades como las de Rusia, Turquía, Irlanda, España, China, India o Polonia. En todos ellos, los escritos de Marx eran prodigios de análisis concreto, donde la política, la cultura, las tradiciones, el papel del Estado y el ejército como actor de primera importancia habían demostrado la ductilidad de la veta histórica de Marx frente a un

gran escala en medio de la colonización y el capitalismo industrial constituyó la clave y la posibilidad de la revolución socialista en esos países” (Linera, 2008: 38).

sistema rígido de correspondencias estructura-superestructura. Además, las anotaciones de sus cuadernos mostraban un conocimiento de la literatura americana, incluso de escritores que simpatizaban o, por lo menos, respetaban y comprendían el papel jugado por Bolívar en las guerras de independencia. Marx había podido comprender el papel de la autonomía político estatal en los procesos revolucionarios como el de España, pero hizo silencio a la hora de pensar esas mismas premisas en América latina.

Lo que bloqueó a Marx en la comprensión del proceso latinoamericano era, según Aricó, de carácter político, algo que lo hizo retroceder a la idea hegeliana de los “pueblos sin historia”, carentes de madurez, de la solidez estructural, de desarrollo de relaciones sociales internas como para que los liderazgos y las instituciones sean la encarnación de procesos y densidades sociales compactas, para que esas instituciones y los jefes sean algo más que arbitrariedad e irracionalidad, un vacío carente de contenido. Para Aricó, en el caso americano, operó la resistencia de Marx a “a reconocer en el Estado una capacidad de “producción” de la sociedad civil, y por extensión, de la propia nación” (ídem., 168). “El rechazo de la concepción hegeliana del Estado tuvo el efecto contradictorio de obnubilar su visión de un proceso caracterizado por una relación asimétrica entre economía y política, de modo tal que, no pudiendo individualizar el “núcleo racional” fundante del proceso –la “ley del movimiento” de la sociedad-, Marx redujo la política a puro arbitrio, sin poder comprender que era precisamente en esa instancia donde el proceso de construcción estatal tendía a coagularse. Recordemos que la negación del Estado como centro productor de la sociedad civil, es un principio constitutivo del pensamiento de Marx” (Ídem, 170).

Aricó vacila entre la explicación teórica y la política. La de orden interno al sistema teórico de Marx, implicaba la conclusión de que el momento de autonomía significaba retroceder a una explicación “pfeuerbachiana”. Si Marx, aún así, fue capaz de explicar desde la propia historia y los actores concretos casos como los de España e Irlanda, se debía a que lo hacía desde los ‘puntos de fuga’ del sistema. En América no los hubo, pues no encontró las clases y agentes capaces de actuar como sustrato social de la formación estatal. La explicación de Aricó vacila entre la existencia de esos actores y su inevitable fracaso. Pero lo importante es su conclusión analítica: Marx falló globalmente en el carácter productivo del Estado en la formación de las naciones latinoamericanas. Invisibilizados los actores sociales, no le quedó a Marx otro camino que el de la coyuntura política, asociando a Bolívar con la empresa latinizadora del segundo imperio francés de Bonaparte (recordemos la invasión francesa a México en 1861) y su gobierno despótico, o la sospecha de que los independentistas americanos apuntaron de manera reaccionaria contra la Junta de Sevilla en favor de Fernando VII. Atacando a Bolívar, Marx también intervenía sobre el curso real de la política europea atacando por elevación al bonapartismo francés.

La respuesta de Linera

Linera apunta a la misma inquietud que Aricó: la búsqueda de poder absoluto por parte de Bolívar en Colombia (1821), Perú (1824) y Venezuela (1827), sus ambiciones militares, su propuesta de un gobierno continental federado con él como gran jefe, fueron vistas por Marx como un intento de autonomización total del poder estatal respecto a la sociedad, un camino de totalitarismo y predominio burocrático estatal y el terror militar frente al cual Marx no podía sino abrigar las peores sospechas. Así, Marx no vio el loable intento de forjar la unidad continental sino sólo su poder y ambición despóticas, porque, igual que en Aricó, la clave explicativa de Marx era la vitalidad de la sociedad como fundamento de la construcción de la unidad nacional-estatal. Poco tiempo atrás, Marx había escrito en el memorable pasaje del *18 Brumario* aquella frase que denunciaba a la burocracia francesa de más de 500 mil funcionarios y soldados que se ceñían como un parásito sobre el cuerpo de la sociedad francesa y ahogaba todos sus impulsos vitales. Linera repara en que esta

crítica a Bolívar era, en definitiva, la misma crítica de muchos liberales republicanos, aunque en Marx no se trataba tanto de atacar la centralización estatal sino en rechazar su autonomización (Linaera, 2008: 42). Pero Linaera no concuerda con que Marx no comprendió la dinámica real de la lucha de clases o ignoró al realidad americana. Marx no se equivocó, vio la posibilidad de que incluso sociedades de tipo “asiáticas” como la rusa o la turca emprendan la tarea de formación nacional porque en resumidas cuentas sus sociedades poseían “una gran vitalidad para emprender en unos casos la reconstrucción de la autonomía nacional, o para el surgimiento de otros” (ídem: 44). Si las instituciones políticas y militares dirigen como en Turquía la lucha nacional, es porque aglutinan fuerzas sociales dispersas pero existentes. En China es el pueblo quién hace la guerra por sobre la parálisis de los mandarines. No se trata, por lo tanto, de buscar alguna fuerza capaz de hegemonizar “el proceso de devenir nación de un pueblo” pues en todos los casos ella radica en el pueblo en movimiento, en la vitalidad de masas, incluso bajo relaciones sociales pre-capitalistas (ídem: 45-46). La explicación radica en que, en los años en los que escribe Marx, las masas estuvieron ausentes como movimiento activo. Al llegar al período independentista, las grandes rebeliones indígenas habían sido ya derrotadas, las masas negras e indígenas o combatieron indistintamente en un bando u otro o simplemente se mantuvieron al margen de una guerra que veían como ajena a sus demandas y sufrimientos.

En resumen, no es ni la estructura económica ni la ausencia del carácter nacional de las élites, sino ausencia de energías vitales sociales en la construcción estatal nacional en América latina lo que lleva a Marx a ver en los proyectos de naciones meros Estados impuestos sobre “un vacío institucional”. La realidad latinoamericana no podía ser vista por Marx más que como una artificial construcción estatal autoritaria y Bolívar una personificación de esa irracionalidad. Fue correcta, por lo tanto, la visión de Marx de ver al Estado como productor de la sociedad civil y la nación. ¿Acaso no fue la formación de los estados fragmentados de América latina el resultado de la acción de unos ejércitos sin patria, simple extensión formal de sus necesidades locales de los poderes de las elites burocráticas-comerciales? Hegel no tuvo razón, el Estado no podía producir una sociedad civil y una nación, menos un proyecto continental. Los casos de Brasil, Argentina o Colombia sirven, por su tamaño, como ejemplos más próximos a la aventura continental. En todos esos casos la formación de verdaderas naciones ha sido una tarea pendiente, resuelta recién en el siglo XX o no resuelta aún. Los momentos cumbres de la formación nacional han estado siempre ligados “a grandes movimientos insurgentes de masas, de autoorganización de la sociedad frente al Estado; fuera de ellas, y muy a pesar de los intentos desde arriba, la construcción de la nación y la reforma social no han sido más que una ficción señorial, oligárquica y terrateniente” (ídem: 49). En realidad todas las clases criollas estaban comprometidas con el viejo régimen colonial al que no pretendían modificar. La superación de aquella situación sólo podía venir de los que se oponían al régimen social vigente. “No hay pues -concluye Linaera, revolucionarización social posible y la consiguiente construcción nacional desde el viejo Estado” (ídem: 50). El Estado puede cumplir un papel como condensador de los impulsos vitales de la sociedad, nunca sustituirlos.

Estado y sociedad en América latina

Tenemos entonces dos visiones alternativas en la relación Estado-sociedad en la formación del Estado en América Latina, extensiva al carácter de ese Estado en la actualidad como tributario de las marcas de origen desde la independencia en adelante.

Como acabamos de ver, Linaera comparte con Aricó la inexistencia en el proceso de formación estatal de alguna fuerza social capaz de llevar adelante dicha tarea. Igual que Aricó, ve derrotas de las masas populares y una construcción desde arriba del Estado nacional. La diferencia radica en que Linaera ve todo el proceso como formal y aparente, Estados sin sustancia nacional, instituciones

carentes de contenidos sociales. En conclusión, sin el contenido social que puede darle un movimiento insurreccional, sin la radicalización que pudiera darle un movimiento jacobino en América compuesto de negros, indígenas y mestizos subalternos, la revolución independentista no podía más que crear formas aparentes de Estado, externo y ajeno como nación a las propias masas. Linera parte de un hecho indiscutido: el proceso independentista se abrió cuando las masas plebeyas habían sido ya derrotadas y no podían cumplir ningún papel activo, como el caso de Tupac Amaru en una zona estratégica que iba desde Perú al alto Perú en el norte argentino. O bien, fueron derrotadas en el proceso mismo de la independencia, como el caso de los levantamientos de Hidalgo y Morelos en México (Mires, 1988). El movimiento democrático y popular dirigido por Artigas en Uruguay fue diezmado hacia 1820 (Ansaldi, 2006), mientras que las alas jacobinas como las de Moreno, Castelli o Bernardo de Monteagudo en Argentina fueron desplazadas del centro de la revolución y se agotaron tempranamente (Halperin Donghi, 1988). El Chile moderno se alzó sobre la base de la derrota y aplastamiento del araucano. El caso de Haití mostraba por la positiva que toda auténtica revolución popular no podía más que unir la demanda política de independencia con las demandas sociales de libertad a los esclavos. De la revolución negra de Haití y de sus propios fracasos los grandes líderes políticos como Bolívar aprenderían a sumar para sí a las masas esclavizadas, pero la clase criolla, de la cual nacieron los recursos estructurales para la formación del estado nacional, aprendió el valor de la prudencia. En ese sentido no podía surgir una nación, en tanto yo colectivo, que pudiera integrar a las grandes masas marginadas y sometidas mediante la guerra. La condición de la formación estatal era la derrota o neutralización de la potencialidad plebeya y por lo tanto de la nación como identidad común. Puede decirse incluso que la formación del Estado en el continente fue el producto de un movimiento ambiguo, fruto de acontecimientos externos (invasión de Napoleón a España), promovido también por las clases coloniales ávidas de explotar las ventajas de la libertad de comercio y conservador respecto a la amenaza de masas activas que ponían en cuestión los privilegios de aquellos hacendados y estancieros. Linera tiene razón, entonces, en que fruto de la estructura productiva de la colonia y de los intereses de las clases coloniales establecidas, la revolución de la independencia no podía tener un carácter democrático, popular e inclusivo. El contraste con la revolución francesa es, obviamente, inevitable. El tipo de sociedad civil que emerge de una guerra de independencia donde son los esclavos los que se liberan a sí mismos como en Cuba, es muy diferente al de aquella que es ofrecida desde arriba. Pero Linera se equivoca cuando analiza la formación del Estado nacional mirando el proceso sólo desde abajo, pues se trata no de la formación de cualquier Estado nacional sino del *Estado capitalista moderno*, basado en la propiedad privada de los medios de producción, la delimitación territorial de ámbitos de acumulación y de monopolio legítimo del aparato de represión. En ese sentido, como lo indica René Zavaleta Mercado, la violencia maximalista de la revolución haitiana pudo, como hipótesis, haber detenido el desarrollo de las fuerzas productivas y cristalizar en una sociedad donde las masas triunfaron demasiado tempranamente, “llevando su programa radical hasta el fin y allá, en el fin, no había nada” (Zavaleta Mercado, 1990: 165).

No conviene tampoco, como se lo hace con frecuencia, considerar la formación del Estado en Europa de manera opuesta a la de América. Se suele considerar que allí el Estado fue el fruto maduro de la clase capitalista en ascenso y de las masas campesinas y plebeyas que la acompañaron. La fórmula según la cual la nación creó al Estado ha sido puesta en entredicho cada vez con mayor frecuencia. El Estado moderno europeo nació de la monarquía absoluta que concentró el poder territorial y militar y un aparato fiscal para hacer frente a las constantes guerras. Las guerras religiosas, el reordenamiento territorial que le siguió fueron consolidando aparatos de estado que la burguesía, como lo dijo Marx, no hacía más que perfeccionar con cada revolución. Fue el Estado, en incontables sucesos el que dio en Europa la unidad lingüística y los símbolos de identidad nacional a

un conglomerado de pueblos y culturas que hasta ayer formaban archipiélagos de pueblos sin ningún sentimiento cabal de identidad nacional. La revolución francesa, inglesa, como la belga o los sucesos españoles, vinieron a coronar dicha centralidad y a darle identidad burguesa, muchas veces forzada, artificial, unificándola mediante el mercado nacional y el abandono forzoso o administrativo de cientos de lenguas locales o la confederación multilingüística. Es cierto que la revolución incorporó a las masas a la política nacional, reforzando su identidad nacional, pero es cierto también que sólo mediante el temor conservador la clase dominante pudo hacer gobernable y estabilizar las condiciones de acumulación. Es cierto también que toda nacionalidad erige su propia mitología del origen, sus símbolos y glorias, alimenta su espíritu con las gestas heroicas del pasado, de su tradición y formas de vida, sobre todo del fondo mítico del campesino, y que el grado de participación popular consciente es un índice de la profundidad y democratización de los sujetos en tanto ciudadanos, pero no es menos cierto que ello tiene mucho de artificialidad, de construcción política e ideológica por parte del poder. Como lo dice Hobsbawm asumiendo algunos argumentos de Gellner, “yo recalcaría el elemento de artefacto, invención o ingeniería social que interviene en la construcción de naciones (...) Las naciones no construyen Estados y nacionalismos sino que ocurre al revés (Hobsbawm, 1991: 18). Incluso en la Francia revolucionaria, la idea que se tenía de la nacionalidad no tenía nada que ver, en un comienzo, con la lengua hablada, por ejemplo de gascones o alsacianos, sino con la condición de miembros del pueblo francés (*idem*: 29).

En América, por supuesto, mucho más que en Europa, la nacionalidad fue un invento estatal que una precondition de este. Y la formación de los Estados no pudo sino llevar décadas de maduración, mediada por guerras locales y disputas por el espacio de acumulación y expansión territorial desde las localidades y provincias como ámbito natural de las clases coloniales, hasta su expansión hacia fronteras nacionales consolidadas. El comercio, la escuela, el ferrocarril fueron haciendo material y espiritualmente a la nación. En ese sentido también, el Estado, desde arriba, mediante el ejército y la burocracia estatal en desarrollo fue creando las condiciones para la expansión de la sociedad civil y la nacionalidad como identidad colectiva. ¿No era ese el fenómeno que pretendía expresar Aricó, al decir que “Hegel tenía razón”, es decir, que el Estado cumplió un papel altamente productivo en tanto motor de una “construcción artificial”, “desde arriba”, de la nación en América latina?² Pero habría añadir que “desde arriba” implica mucho más a la *intelligentsia* burocrático militar criolla que a la propia clase dominante hacendada. Como lo indica Ansaldi, “la destrucción del sistema colonial (la economía, la sociedad y el aparato estatal coloniales), debe más al efecto corrosivo de los comerciantes ingleses (...) y de las relaciones con las economías capitalistas centrales, que al poder superador de las fuerzas sociales locales” (Ansaldi, 1989: 67). Pero en América, como en tantas otras experiencias históricas, lo que ocurre es un desplazamiento y condensación en actores sociales específicos lo que clases aún provinciales, débiles y carentes de proyecto nacional, no pueden ofrecer. El papel de los intelectuales juega aquí un rol fundamental, pues son ellos los que asumen, en cuanto Estado, el papel que clases inmaduras aún no poseen. Este desplazamiento es el que le interesa a Aricó, obsesionado por comprender el estatuto de la política como esfera autonomizada y productiva de la realidad social. Este desplazamiento de tareas y sujetos, hay que recordarlo, es el punto de arranque del mismo Lenin para formular su hipótesis sobre un

²Lamentablemente, Aricó no advierte en su texto que toma a Hegel demasiado literalmente cuando menciona la “producción social por parte del Estado”, pues el filósofo alemán entiende el Estado como lugar de residencia de la eticidad, el espíritu objetivo como expresión de la comunidad y como una totalidad a partir de la cual se dan sus momentos particulares. El aparato gubernativo no es más que la carnadura institucional de esa comunidad, que se forjó como un proceso histórico en el que se desplegó la razón universal. En Hegel más que crear o producir, el Estado como institución es la precondition o la forma que adquiere la comunidad y no un aparato separado y exterior a la comunidad (Pelczynski, 1989).

tipo de revolución de clase llevada a cabo por otra distinta. O la fórmula de Trotski de 1905, donde sugiere la idea de un desarrollo desigual como subproducto del carácter endeble de la burguesía rusa y la asunción por el Estado absolutista del proceso de industrialización. O el papel de la aristocracia en Inglaterra que pasa de propietaria a funcionaria, según lo observado por Gramsci. Son estos desplazamientos, estas incongruencias las constantes de la historia empírica con la que Aricó quiere enfrentarse y que llevaron a Marx a estudiarla partiendo no del nivel abstracto de las relaciones de producción, sino desde el proceso político y agotando todas sus derivaciones antes de pasar a la determinación en “última instancia”, determinación que, por otra parte, funciona con suerte como un absoluto regulativo pues nunca nadie ha podido llegar de manera empírica a él.

Lo que me gustaría remarcar es que, a diferencia de lo sugerido por la perspectiva “de base” de Linera, la precondition de la formación de un Estado nacional en América latina parecía ser la homogenización forzosa, coactiva, de un espacio territorial de acumulación. Sólo la derrota de los obstáculos sociales irreductibles podía favorecer la formación del moderno Estado según lo entendía la clase dominante criolla. “Las campañas militares contra los indígenas, la subordinación de los gauchos, la derrota de las últimas montoneras (...) son parte esencial de la ofensiva del Estado nacional hacia la eliminación de las disidencias y hacia la instauración del monopolio de la coacción (*Ídem*: 84). No es casualidad que el eje de las instituciones sobre las que se va construyendo la estatalidad son en primero lugar el ejército y la burocracia. La estatalidad se va formando de manera paulatina mediante la adquisición de atributos estatales en un proceso formativo en el que los recursos y capacidades para controlar, extraer y asignar recursos materiales de la sociedad no coinciden en el tiempo con las capacidades simbólicas para interpelar y crear un régimen simbólico de identidad colectiva. Es cierto que al estar excluidas de antemano las clases subalternas, el grado y las características de la estatalidad en su origen estuvieron basadas en atributos de poder y dominación, institucionalización de la autoridad y diferenciación de funciones y control. Pero ellas fueron la precondition necesaria para la posterior integración conflictiva de las clases medias y populares a lo largo del siglo XX. Recordemos también que en Europa el Estado liberal no era democrático, y una de las características de la integración ciudadana como el sufragio, fue tardío en la mayor parte de los países, excluyó sistemáticamente a la mujer y sólo como subproducto de una fuerte lucha de clases el movimiento obrero logró su incorporación electoral al sistema vigente, cuya máxima expresión fue el movimiento cartista en Inglaterra (Rosemberg, 1981). El error de Linera puede estar basado en la confusión entre nación y nación democrática e inclusiva. Son dos modalidades muy diferentes, pero son ambas vías de formación de los estados nacionales en el continente. Mejor dicho, como ya lo hemos analizado, con la excepción de Haití y Cuba, la segunda ha sido la vía privilegiada. El problema fundamental de Linera radica en que excluye a priori otra vía de formación estatal que no sea la vía jacobina. Pero si solo tomamos esta vía, no hay formación del Estado nacional como unidad capitalista territorial. En un caso porque la desarticulación social y la guerra llevaron a la contrarrevolución, la dictadura y el estancamiento secular. Cuba se dirigió, por la mediación de un breve período de independencia nacional, hacia la eliminación del capitalismo como ámbito de acumulación privada. Además, como lo había sugerido Furtado, luego de la independencia, las fuerzas centrípetas a la unidad eran débiles o inexistentes, pues los hacendados no tenían relaciones de interdependencia entre las diversas regiones en que actuaban y los comerciantes urbanos se relacionaban más con el mundo exterior. Sólo el predominio de una región sobre otra, y la acción estatal en su función “piamontesa” como unificador estatal del territorio y la nación, podía desde el poder, unificar institucionalmente lo que socialmente permanecía desarticulado (Furtado, 1969). Como lo había sostenido Gramsci en el debate con el marxismo oficial de su época, el error fundamental en el estudio de la formación estatal era generalizar la vía francesa y tomarla como modelo y arquetipo, frente al cual toda otra vía no podía más que aparecer como desvío y sus rasgos

como aparentes, formales o incompletos. Como lo sugiere Oszlak, la formación del Estado en América Latina fue un largo proceso donde el Estado hacía frente a los problemas inmediatos que se le presentaban, desarrollando sus capacidades y atributos, y diferenciando sus instituciones a medida que debía responder y hacer suyas cuestiones planteadas por el desarrollo de la sociedad y del contexto mundial. Por eso, era natural que el primer atributo que adquiere sea el monopolio de la fuerza militar, que asegura el “orden” como precondition del “progreso”. “Ante los sectores dominantes de la época, el Estado nacional aparecía como la única instancia capaz de movilizar los recursos y crear las condiciones que permitieran superar el desorden y el atraso. Resolver estas cuestiones exigía necesariamente, consolidar el “pacto de dominación” de la incipiente burguesía y reforzar el precario aparato institucional del estado nacional” (Oszlak, 1978: 31). Implicaba la imposición de un orden que se extendiera a la totalidad del territorio y las personas. Para cumplir ese objetivo, sin el cual no había Estado nacional, el aparato burocrático militar cumplió un papel de primer orden, bajo la bandera del interés supremo del bien común por sobre los intereses individuales, y enfrentando para ello las resistencias de las administraciones locales resistentes, el caudillismo con base popular, el regionalismo y proyectos federativos que debilitaban un poder central ya débil desde su origen.

Bolívar, que pretendía una rígida centralización, para quien “la democracia absoluta y la libertad indefinida son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas” y culpa al federalismo por la derrota de la Primera República (Sala de Touron, 2006: 42), es la figura arquetípica de la independencia latinoamericana a la que Marx no visualizaba sino como capricho dictatorial sin fuerza social que lo respalde, pero que, como vemos, era la expresión de esa elite política y militar que ocupó el vacío dejado por la debilidad de los hacendados y comerciantes como clase nacional en momentos en que los factores externos habían desarticulado el dominio territorial de España. Las condiciones materiales para que esa formación pudiera realizarse, así como la rapidez y modalidad de la misma, eran factores decisivos, por ejemplo, la capacidad de articular intereses entre los sectores urbanos y rurales que permiten homogeneizar un ámbito de acumulación determinado, como lo observa Oszlak para los casos de Chile y Costa Rica (Oszlak, 1978: 26). Pero en todo caso, ello dependía de la capacidad estatal de homogeneizar el ámbito de acumulación territorial, que presuponia, como lo indicamos más arriba, el exterminio indígena y la homogeneización cultural. Fue esa unidad de principios alrededor de la oligarquía chilena, su aparato militar como expresión de su fortaleza productiva y de unidad de objetivos la que explica el triunfo sobre Bolivia y Perú en la guerra. Para Zavaleta Mercado, del que Linera toma prestado el concepto de “Estado aparente”, anota refiriéndose a la guerra que “en Chile, el Estado tenía la aptitud de movilizar psicológica y administrativamente al pueblo”, alcanzando un mayor “optimo social” que en sus contendientes (Zavaleta Mercado, 2008: 48). Esa capacidad de movilización militar no la bebió, como todos estamos de acuerdo, de alguna fuente jacobina. El caso de Brasil, que Linera da como ejemplo de incapacidad nacional, es paradigmático de una transición por arriba sin rupturas clamorosas. Allí la monarquía portuguesa procesa la independencia y fue el aparato militar y burocrático de la Corona, heredera del imperio, el agente fundamental, como “clase universal” o “representante de los intereses generales” la que forjó la constitución del orden nacional dando unidad a una desmembrada e inarticulada clase propietaria. Esa unidad entre el aparato burocrático militar y la creciente burguesía paulista fue la que dio relativa estabilidad y un mecanismo de equilibrios federativos entre distintos sectores regionales.

Jacobinismo y revolución pasiva

Linera asume la defensa de los escritos de Marx para afirmar su perspectiva jacobina de la inexistencia de un Estado nacional en América latina. De una manera semejante, desde los años 30 se

postulaba la incapacidad del Estado para consolidar la democracia política y la expansión del mercado interno y el bienestar popular a la manera de los países centrales. Para ello se requería una revolución en las formas políticas, una revolución democrático-burguesa. Esta teoría que asumieron como propia los PCs postulaba una alianza democrática bajo la forma del frente popular. Pero incluso en su versión de izquierda esgrimida bajo la óptica de la “revolución permanente”, que rechazaba cualquier alianza con la burguesía nativa, consideraba el Estado “semicolonial” o “dependiente” como un obstáculo absoluto al proceso de democratización y modernización. Algunas versiones de la teoría de la dependencia en los años sesenta y setenta, por ejemplo la de Mauro Marini, sostuvieron que la industrialización no era posible bajo el Estado capitalista dependiente latinoamericano, fundando en este bloqueo absoluto la perspectiva socialista continental. Todas estas teorías partían de puntos reales, el carácter dependiente respecto al mercado mundial de los estados latinoamericanos, la incapacidad para desarrollar mercados internos fuertes a causa del tipo de explotación agrícola de carácter estancieril y terrateniente, el carácter limitado y estrecho del mercado de consumo y de capitales, etc. Muchas de estas características propias del capitalismo dependiente latinoamericano son verificables aún hoy en día e, incluso, se vieron agravadas con el ciclo abierto por las políticas neoliberales de privatización y endeudamiento en los años 90. Pero ello no impidió ni los procesos de industrialización ni la consolidación más o menos estable de la democracia política dando paso a formas desiguales e inestables de relación entre economía y política. Cardoso y Falleto mostraron el papel contradictorio que adquirirían los Estados con control nacional de acumulación, justamente los países que Linera da como ejemplo de “estados aparentes” como Brasil, Argentina y México, que pudieron desarrollar la industria y mercados medianos incluso bajo períodos de férreos gobiernos autoritarios (Cardoso y Falleto, 2003). Este carácter complejo y contradictorio de la formación del Estado nacional no era posible analizarlo sólo a la luz de una teoría binaria como la que postulaba la perspectiva “jacobina”. Aricó intenta iluminar bajo otra perspectiva el proceso de modernización capitalista y formación de Estados nacionales. Y esa búsqueda estuvo indiscutidamente asociada a la lectura del italiano Antonio Gramsci. Su concepto de revolución pasiva es el punto nodal para ofrecer una teoría superadora de la “vía francesa”. No me voy a detener en la explicación que ofrece Gramsci sobre la misma, sólo mencionar que se trata de un proceso de cambio “por arriba”, desactivando o esterilizando la acción peligrosa de las clases subalternas, por medio del cual se incentiva la modernización capitalista ya sea bajo un régimen dictatorial e incluso en ocasiones mediante apertura política y un régimen republicano liberal bajo el control desde la cúspide de las clases aliadas y en ocasiones el sometimiento y la desarticulación de las clases enemigas. Este ha sido el caso, claro está, del proceso de unificación y formación de la Italia moderna, pero también, para seguir con los ejemplos que ofrece Barrington Moor Jr., de Japón o Alemania. Todo esto es suficientemente conocido, ya que nos hemos podido familiarizar con los análisis que Portantiero ofrece sobre el carácter de “oriente periférico” de los estados latinoamericanos (Portantiero, 1999), así como la utilización del concepto de revolución pasiva o su equivalente de “revolución-restauración” por parte de Nelson Coutinho para explicar la formación del Estado moderno en Brasil (Coutinho, 1986; Coutinho, 1999) o el de Waldo Ansaldi para mostrar el proceso de formación del Estado nacional argentino (Ansaldi, 1991). Esa capacidad estatal de adecuación y asimilación desde arriba es la que permite comprender el proceso de apertura y democratización electoral del propio régimen oligárquico hacia una reforma electoral inclusiva, por ejemplo la ley Sáenz Peña en Argentina o el golpe de 1930 y el fin de la *República Velha* en Brasil. Esta categoría ha sido de particular importancia para la comprensión de las formas estatales así como para definir el concepto de Estado ampliado en el siglo XX. Se trata de una referencia obligatoria en el debate teórico sobre el Estado y constituye un punto de vista insustituible para pensar estrategias políticas emancipadoras frente a un Estado que ya no ofrece el rostro hobbesiano de un aparato

absolutista y externo a la sociedad civil. Me parece que, sin comprender el carácter fluctuantemente autónomo del estado en América latina, esa dialéctica variable entre estado y sociedad civil que como la física huye al vacío de la correspondencia mecanicista, es imposible comprender el fenómeno del caudillismo y el nacionalismo popular, los hombres providenciales, el populismo de masas y el papel que los ejércitos nacionales cumplieron a lo largo de la historia.

Es probable que Linera haya querido extrapolar la situación boliviana al conjunto de América latina. El carácter excluyente de la formación nacional boliviana, el hecho de basarse en la proscripción étnica clasista desde su origen, de expulsar de su sistema político y cultural al indígena que es la población mayoritaria del país, situación que sólo se revierte –parcialmente según Linera– con la revolución nacional de 1952; esta particularidad boliviana haya quizá contribuido a extender la teoría de la situación colonial y el “estado aparente” al resto del continente, pero pocos Estados oligárquicos han sido quebrados por una revolución triunfante. México es una de ellas, aunque pocos años después de la experiencia cardenista, el Estado burocrático perfeccionado como “dictadura perfecta” se alzó más imponente aún sobre un campesinado políticamente expropiado.

Marx y Hegel

Ocho años más tarde, en un artículo de 1999 “Ciudadanía y Democracia”, Linera insistía con que: “La voluntad práctica de ciudadanía se manifiesta en todos los terrenos de la vida en común y lo que hace el Estado es o disciplinarla, o encumbrarla en oposición a otras, o proscribirla en beneficio de una ya existente o sancionarla, o educarla (...) Es en este punto que hay que ir a buscar la pertinencia de la crítica de Marx a Hegel, y luego entonces también a Bolívar, en su pretensión de crear sociedad y ciudadanía desde el Estado, cuando en verdad él es un producto de las primeras” (Linera, 2008: 135). Linera tiene razón si lo que se quiere es definir que siempre, indiscutiblemente, las luchas sociales rebasan cualquier Estado. Fue justamente Poulanzas, uno de los teóricos de la autonomía relativa del Estado, quién con más énfasis insistió en que las luchas poseen primacía con respecto a las instituciones–aparatos de poder. La caída clamorosa de dictaduras inamovibles como consecuencia de la activación de las masas que pasan a la oposición, el derrumbe de estructuras estatales decenales producto de la contestación incluso incipiente del movimiento popular, como los resonantes casos de los regímenes estalinistas en el Este, son suficiente demostración de esta primacía de lo social sobre cualquier aparato. Pero el Estado, como ya lo mencionamos a propósito de la teoría del Estado en Hegel, no se encuentra como una cosa externa a la sociedad sino que es la condensación material de las contradicciones de clase de la propia sociedad, relaciones de fuerza que se cristalizan en instituciones y aparatos (Poulanzas, 1987: 171). Al cristalizar fuerzas sociales y concentrar el poder político, el Estado no es sólo la *síntesis* o resultado de un paralelogramo de fuerzas sociales, sino que al mismo tiempo posee capacidad de producir poder, de ordenar y actuar sobre esa misma sociedad. En ese sentido es un actor propio, aunque surcado por contradicciones de clase, de raza, de género, etc. Toda la teoría política de la representación está basada en el principio no del reflejo y en mandato sino en el poder productivo de la representación. Como bien lo había analizado Paul Ricouer, la crítica del joven Marx a Hegel se inscribía en la crítica empirista del mundo ordinario. Basado en el método transformativo de Feuerbach, por medio del cual reducía e invertía el predicado al sujeto y las potencias de dios al hombre, Marx reducía los predicados, las “ideas” (el Estado) al verdadero sujeto (la familia, la sociedad civil), la “realidad”. Pero no hay verdad en la realidad práctica sin que ella se inscriba, al mismo tiempo, en una estructura simbólica que la contenga y le de un marco de interpretación. Siempre tenemos, siguiendo a Kant, juicios a priori que nos permiten comprender la “realidad”. El mismo Marx había entendido el poder de la “idea”, del sujeto en la construcción del mundo práctico, cuando criticaba la pasividad materialista en las Tesis sobre Feuerbach de 1845. Así como la mediación simbólica es constitutiva de la acción social y no su

reflejo o síntesis, el Estado como condensación política es inherente al propio lazo social y constitutivo del mismo. Dicho de otro modo, no es posible comprender el movimiento de la sociedad de manera independiente y separada de las instituciones de poder que la conforman y actúan sobre ella, así como decimos que la ideología no es una simple resonancia ideal de una posición social sino que posee la fuerza material de las cosas. Esa dialéctica entre Estado y sociedad, la primacía que en determinado momento conserva como privilegio uno sobre otro, no posee su fuente en una ubicación ontológica sino en una dinámica histórica. Por eso, es preciso estudiar los procesos en su particularidad para comprender el papel de cada uno de ellos y la forma en que se presentan y se influyen.

El carácter (limitado) de la autonomía

El rasgo de autonomía que ha caracterizado al Estado en América Latina tiene también su explicación en el carácter arbitral y mediador que posee frente a tres actores fundamentales: el capital internacional que imprime los caracteres del tipo de acumulación y el papel de la periferia en la división internacional de trabajo, las clases dominantes nativas que al territorializar el capital entran en conflicto potencial con el primero, conflicto que se suma al que ofrecen dichas clases entre sí, y en tercer lugar la presión creciente de las clases subalternas. Este papel arbitral, paradójicamente, debilita por un lado la capacidad de respuesta estatal a las presiones cruzadas de agentes activos pero, a su turno, se coloca como el único arbitraje capaz de compatibilizar y asimilar las disensiones. Este papel le ofrece un lugar de acumulación de poder efectivo. En el período de formación estatal, cuando las clases internas no son capaces de asumir un papel activo por su provincianismo, al tiempo que la situación internacional crea condiciones favorables para una renovación de todo el cuadro estatal y, tal como lo describió Gramsci en unas notas dispersas pero significativas sobre América latina, “manda a la periferia sus corrientes ideológicas” (tal ha sido la influencia del contractualismo y las ideas revolucionarias francesas en el período de la revolución de la independencia), el grupo portador de las nuevas ideas no es el grupo económico sino la capa de los intelectuales, y el Estado se vuelve en la ideología de los actores un “absoluto racional”. Esta capacidad arbitral de un Estado débil pero única institución disponible para alcanzar un equilibrio ha sido teorizada incluso por Trotski, que llegó a distinguir entre un bonapartismo progresivo y uno reaccionario de acuerdo a los apoyos del que se nutra (Trotsky, 1999). Tilman Evers sostiene que la fuerza de la autonomía como Estado periférico deviene, contradictoriamente, de su *forma* en tanto mediador político de la *función* que le es propia, que es la de imponer las relaciones sociales capitalistas (Evers, 1987), mientras que Oszlak rechaza el estudio del Estado en América Latina desde el punto de vista funcionalista y prefiere analizar la acción estatal desde las respuestas prácticas a los problemas que se le presentan, que lo llevan al desarrollo de un creciente grado de “estatidad” desarrollándose entonces como un actor social diferenciado y complejo, mediante diversas unidades e instancias de decisión y diferenciación funcional (Oszlak, 1978). Pero el carácter autonomizado del Estado y su debilidad relativa deben ser explicados. Es posible que, siguiendo en este punto a Michael Mann, su debilidad de origen se daba a la ineficiente capacidad infraestructural que posee, lo que se expresa en crisis recurrentes y endémicas como las rupturas institucionales, las crisis financieras, crisis de territorialización como en Colombia, o emergencia del conflicto de las drogas. Si lo comparamos con el proceso de constitución del Estado nacional en Europa, pueden verse las fallas en la capacidad de acumular poder infraestructural. En Europa se ha logrado, según el planteo de Mann, de tres formas: 1- reducción de la heterogeneidad étnica; 2- burocracias elegidas y representativas como condición de la recaudación fiscal (*No taxation without representation*) y fuertes aparatos militares centralizados. 3- Industrialización y reducción de las desigualdades sociales e institucionalización del conflicto de clase. Estos tres factores permitieron el desarrollo de sociedades civiles relativamente centralizadas, homogéneas e

igualitarias (Mann, 2004). Esta combinación de factores son los que fallaron en Latinoamérica, aunque el grado del desarrollo de cada uno de ellos puede facilitar el grado de “estatalidad” conquistado por cada uno.

En su origen, el poder coactivo que permitió la centralidad territorial y el desarrollo posterior de un sistema fiscal extendido gradualmente, sentaron las bases para la posterior integración compleja, contradictoria, parcial, limitada, de las masas por la vía electoral y el desarrollo industrial y urbano.

La idea de que el Estado no puede “producir” la sociedad, remite, por un lado, al rechazo de una modernización desde las alturas y, por el otro, demanda un esfuerzo imposible por encontrar en cada hecho político, en cada movimiento estatal, la correspondencia última en la sociedad civil. Esta perspectiva nos conduce a una teoría sobrehegemonista, puesto que sólo las naciones donde las clases subalternas son integradas y los individuos considerados bajo el lente de una robusta ciudadanía, podrían ser consideradas como tales y no como “Estados aparentes”. Una perspectiva “de base” como la sugerida por Linera puede iluminar los siglos de explotación y despojo, la cara oculta de la independencia, con su explotación ilimitada del indígena y la matanza de negros y la marginación de las mayorías subalternas en nombre de la nación, el orden y el progreso. Pero no resulta adecuada para explicar la dinámica propia de la formación de los Estados nacionales dependientes en América latina, la manera en que conquistaron la centralidad, el papel de los intelectuales en el aparato burocrático y el ejército, la forma en que fue evolucionando el sistema fiscal y la apertura electoral desde las viejas repúblicas oligárquicas hacia una democracia de masas y el papel preponderante que cumplió el Estado en la propia organización del movimiento obrero y campesino, la jefatura caudillista de militares, el populismo, como formas “desde arriba”, “anormales” en que las clases subalternas irrumpieron en la vida política nacional en el siglo XX, tan distinta a la vía europea.

Es cierto que Aricó tendió a subrayar, quizás en exceso, la “vía societal” de la formación nacional en Europa para que luzca con mayor brillo el contraste con la americana, y que dejó en la ambigüedad las causas reales por las que Marx “no vio” las relaciones sociales subyacentes en la sociedad hispanoamericana, ambigüedad que se propuso corregir en el epílogo a la segunda edición de 1983, cuando apunta al interés de Marx en todo evento internacional que impactara de manera decisiva en la lucha de clases europea. Pero el intento de Aricó contiene un núcleo fundamental para comprender algo que el propio Marx tuvo dificultades para resolver: la existencia de un Estado no dominado directamente por ninguna clase social. El mismo régimen de Luis Napoleón fue considerado por Marx como transitorio, “anormal”, fruto de un equilibrio de fuerzas inestable y pasajero y siempre subestimó sus realizaciones. Aricó apuntó al problema más difícil y que se planteó en carne viva en América latina: el poder autónomo del Estado. Una vez alcanzado el poder, el grupo dirigente podía retenerlo y cristalizarlo, volverlo productivo incluso más allá de la relación de fuerzas originaria. Poseía un poder por derecho propio. Ese poder, naturalmente, nunca fue ilimitado, como el fracaso del mismo Bolívar en la realización de su utopía continental puso de manifiesto. Pero sí fue capaz de asumir ese vacío dejado por una clase en formación, la quiebra del poder colonial y la presión del mercado mundial.

No se trata de realizar una suma y resta de casos contrarios. En infinidad de situaciones los Estados han sido impotentes para lidiar con la fuerza volcánica de las clases y grupos de la sociedad. Las teorías pluralistas apuntan sobre cómo, más allá de las frases altisonantes y las amenazas, los estados se vieron sobrepasados por la dinámica de conflictos nacida de clases, grupos étnicos y otros agrupamientos sociales. La perspectiva del “Estado en la sociedad” de Joel Migdal, por ejemplo, describe un catálogo completísimo de las impotencias estatales para colocarse por encima de los conflictos sociales (Migdal, 2011), avanzando más allá que la teorías del consenso propias de las

teorías liberales. No se trata, por lo tanto de adscribir a teorías estadocéntricas de un lado o socialistas por el otro, sino afrontar el hecho histórico de la capacidad, bajo ciertas circunstancias históricas y bajo ciertas determinantes contextuales, como es el caso de la formación de los estados en América latina, en el que el poder autónomo fue capaz de asumir un papel relevante, papel que conservó bajo diversos regímenes políticos e incluso fortaleció con el advenimiento de la democracia de masas. La diferencia está en que, bajo esta democracia, el poder de modificar aspectos sustanciales de la sociedad civil sólo podía basarse en una movilización general de grandes movimientos sociales, como realizó el peronismo en Argentina apoyado en el movimiento obrero. Como se ve, hay una dialéctica histórica que es necesario precisar en cada caso. En esa dialéctica el poder estatal fluye, como lo describiera Michael Mann, del Estado hacia la sociedad y viceversa. El análisis del poder autónomo del Estado en determinadas coyunturas históricas no puede perder de vista que, en el largo plazo y en sociedades integradas, el poder que retiene no es más que parte del desarrollo social general, del crecimiento de las capacidades en aumento de los seres humanos para la movilización social colectiva de los recursos (Mann, 2006).

Itinerarios sinuosos

Quisiera concluir remarcando la fenomenal paradoja que evidenciaron las prácticas políticas de estos autores respecto a sus batallas teóricas. Aricó buscaba rescatar el campo de la política de la impotencia y pasividad en que lo encerraba la ortodoxia marxista basada en imagen de la estructura y la superestructura. Quería, también, dar cuenta de los fenómenos particulares del continente, explicar el populismo y la práctica del movimiento obrero no como una irracionalidad o falsa conciencia sino bajo la lente de una racionalidad propia respecto al tipo de sociedad y Estado particular de América latina. Su experiencia con el peronismo de izquierda lo empujó a revisar la teoría marxista para adecuarlo al enorme proceso nacional popular que las corrientes socialistas no podían soslayar y en el que debían participar. El concepto de hegemonía, de voluntad nacional popular, el papel activo de las superestructuras, conceptos extraídos del riquísimo arsenal de Gramsci, permitió dar cuenta de estos fenómenos de manera más plástica y fructífera. La publicación en 1985 de *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América latina*, profundizaba el concepto de revolución pasiva y volvía sobre la autonomía de la política. La edición mexicana del libro de Carl Schmitt que prologó, no dejaba lugar a dudas sobre esa empresa. Ya en el exilio era menester incluir en la reflexión teórica el tema de la democracia, que tras el golpe de la dictadura y la experiencia fallida de la guerrilla en Argentina, se volvía imprescindible. Con el regreso del exilio por parte de todo el grupo de *Pasado y Presente*, el tema de la democracia eclipsó el del socialismo y lo que en principio consistía en la reivindicación de la política en el linaje de Maquiavelo y Gramsci, la fusión de mito y arte, la comprensión de los fenómenos de masas nacional populares, que pretendía conciliar peronismo y socialismo, se volcó hacia la política en un sentido institucional y procedimental del término, y la democracia *sans phrases* ocupó todo el espectro de sus preocupaciones teóricas pero también políticas. La asociación con la experiencia alfonsinista fue su resultado práctico. Pero mientras el concepto de democracia era al principio incorporado a la temática de la hegemonía, al final ella la desplazó por completo. ¿Era inevitable que la dignificación de lo político llevase inscripto la conclusión institucionalista a la que el grupo de gramscianos fue arrojado con el regreso de la democracia? ¿Era ese un deslizamiento inevitable? Creo que no. Otra experiencia fue la de Brasil, donde los conceptos de hegemonía y democracia asociados a una perspectiva socialista fueron trabajados por Nelson Coutinho y tomaron cuerpo político en la experiencia del PT y la CUT al principio de los años ochenta.

En los primeros años de aquella década, en paralelo y por otros carriles, otro argentino, Ernesto Laclau, se servía de los conceptos de hegemonía y de la distinción amigo-enemigo de Schmitt para elaborar una teoría política que radicalizara la perspectiva hegemónica y racionalizara la

confluencia de socialismo, democracia radical y populismo. Y si bien la perspectiva socialista fue desapareciendo también del horizonte de Laclau, la reivindicación del populismo como única forma democrática de la política mostró un camino diferente. Aquí también, los “usos de Gramsci” han tenido diversa suerte. Lo paradójico de Aricó es que su última y más lograda reivindicación de las categorías analíticas gramscianas para comprender los fenómenos propios de América latina, el papel activo del Estado y el fenómeno populista, son al mismo tiempo y parafraseando a Bobbio “cumplimiento y disolución”.

En Linera, la paradoja no podía ser menos estruendosa. La experiencia de Comuna, un colectivo intelectual fundado cuando Linera dejó la cárcel en 1998, fue vanguardia y punto de referencia en la fusión de marxismo e indigenismo, y como tal alimentó una crítica antiestatal y libertaria frente al Estado colonial boliviano. Para ellos, la Comuna de París era ejemplo de antagonismo frente al Estado, y su núcleo sociopolítico era la reivindicación de la comuna campesina como centro y motor de una revolución popular y antiestatista y promotora de una nueva civilización opuesta y antagónica a la occidental, con su bolivianidad opresiva, racista y colonialista. En tiempos tan cercanos como 2005, año en que Evo Morales gana la presidencia, el colectivo publicó *Horizontes y límites del poder*, donde algunos autores se servían de una filosofía posestructuralista para combatir la unicidad del Estado, al que concebían como un ente colonial y ajeno a la idiosincrasia y cultura indígena popular, incluida la revolución de 1952, el nacionalismo y la izquierda. Pero llevado por su éxito intelectual que, como dijimos, le dio expresión teórica a la enorme revalorización y resignificación popular de lo étnico-indígena como arma de lucha política y cultural, Álvaro García Linera fue elegido como compañero de fórmula presidencial y llevado, en consecuencia, a la cúspide del poder estatal. Un Estado que debía transformarse, con el apoyo popular, en activo artífice de la revolución democrática y cultural que Evo Morales prometía. Pero también ese Estado representativo debía volverse un valor “universal” frente a las reivindicaciones parciales de la sociedad civil. Como condensación de la movilización general que derrocó a los gobiernos precedentes y encumbró por primera vez en la historia a un presidente indígena, el Estado debía volverse hegemónico y “productivo” a la vez. Expresión de la síntesis social multiforme y no sólo del componente indígena, árbitro de los conflictos de intereses y portador de una nueva cultura por la positiva que la rebelión como acción negativa no podía ofrecer. Educador, árbitro, redistribuidor, exigido de multiplicar el excedente y orientarlo de manera industrial incluso contra la oposición de sectores de la sociedad civil. En definitiva y para concluir, Linera debió desempolvar los textos de Gramsci sobre la hegemonía, repensar el papel del Estado y su dialéctica con los movimientos sociales, rediscutir el papel de la democracia representativa en los procesos de cambio y su relación con la democracia de base agraria, apartarse por un segundo de la entrañable comuna rural que constituye un componente mínimo del PBI nacional y de tanto en tanto, volver a releer los *Fundamentos de la filosofía del Derecho* de Hegel.

Bibliografía

Ansaldi, Waldo (1989). “Soñar con Rousseau y despertar con Hobbes: Una introducción al estudio de la formación del Estado nacional argentino”. En Waldo Ansaldi y José Luis Moreno, comps. *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. San Martín (Buenos Aires), Cántaro Editores.

Ansaldi, Waldo (1991). “¿Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara? El uso de las categorías analíticas gramscianas en el análisis de la historia de las sociedades latinoamericanas” [En línea]: <http://www.catedras.sociales.uba.ar/udishal/art/convieneinvocaralgenio.pdf>. Visitado: 30-08-2012. [Publicado originalmente en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, N° 2, Santa Fe, Primer semestre 1992, pp. 45-65].

Aricó, José M. (2010). *Marx y América Latina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Contrapuntos en torno al Estado y la sociedad en América Latina...
Jorge Orovitz Sanmartino

Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (2003). *Dependencia y desarrollo en América latina. Ensayo de interpretación sociológica*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Coutinho, Carlos Nelson (1999). *Gramsci. Um estudo sobre seu pensamento político*. Río de Janeiro, Civilização Brasileira.

Evers, Tilman (1987). *El Estado en la periferia capitalista*. México, Siglo XXI. Hobsbawm, Eric (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1870*. Barcelona, Crítica.

Línera García, Álvaro (2008). *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires, CLACSO-Prometeo.

Mann, Michael (2004). "La crisis del estado-nación en América latina". En *Desarrollo Económico*, Vol. 44, N° 174, Buenos Aires, Julio-Septiembre, pp. 179-198.

Migdal, Joel S. (2011). *Estados débiles, estados fuertes*. México DF, Fondo de Cultura Económica.

Mires, Fernando (2005). *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Oszlak, Oscar (1978). *Formación histórica del Estado en América Latina: Elementos teórico-metodológicos para su estudio*. Buenos Aires, CEDES, Vol. 1, N° 3.

Poulanzas, Nicos (1987). *Estado, poder y socialismo*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Sala de Touron, Lucía (2006). "Jacobinismo, democracia y federalismo". En Waldo Ansaldi, coord., *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente*. Buenos Aires, Ariel, pp. 33-50.

Trotsky, León (1999). *Escritos latinoamericanos*. Buenos Aires, CEIP.

Zavaleta Mercado, René (1990). *El Estado en América Latina*. Cochabamba, Los Amigos del Libro.

Zavaleta Mercado, René (2008). *Lo nacional popular en Bolivia*. La Paz, Plural.